



Regalo de Reyes.

Terruño, hogar y lirio desde locura.

¿Cuál es la historia de esa Ikurriña gigante que se eleva en la fachada de un caserío vasco a 45 kilómetros al norte de Buenos Aires?

Todo empezó con un sueño en la misma víspera de Reyes de 1980.

Francisco Javier de Amorrortu soñó que debía comprar un "campito". Y lo hizo. Esa misma mañana del 6 de enero salió a ver propiedades. Y la primera que vio fue una ex fábrica de pirotecnia de 10 hectáreas. Varias explosiones se habían cobrado sus víctimas. Cientos de eucaliptus y casuarinas centenarias habían sobrevivido y de alguna forma sus memorias y otras tantas vidas celebraban. Se sintió identificado. Y de inmediato, sin análisis alguno, decidió comprarlo. Para embellecerlo, diseñó el paisaje con su amigo, el monje trapense Amadeo Peck. Plantó 2500 árboles. Y luego cayó en ausencia por un año.

Había comenzado a sufrir, lo que sería por muchísimo, la gran crisis de su vida. Tenía 37 años. Perdería su familia y su trabajo. De esa desestructuración a la locura sólo había un par de pasos adicionales. Durante ese tiempo estuvo internado en dos psiquiátricos. Ya estaba loco y empujado como un niño. Le diagnosticaron delirio místico. Lo medicaron durante seis meses; entró en inanición y consiguiente depresión. Luego, por intervención providencial de una ex monja, escapó a la ingestión de medicamentos. Volvió en sí y contra la opinión de los psiquiatras y de su familia, volvió al Campito. A poco, ya estaba acompañado de abuelitas y abuelitos. Se sentía cohabitado. Se diagnosticó esquizofrenia; permaneciendo en máxima discreción durante los largos años de armonización. Ya sabía cómo y por qué callar.

Despertares

"Cuando vine a este lugar -relata Francisco- sentí, aun muerto, ese único deseo. Este espacio de naturaleza "virgen" tan cercano al de los afectos que perdía, me regalaba, aun lentísimamente, a través de los sueños y deseos instalándose en trabajo concreto, la posibilidad de armonizar la más sentida, hoy tan valiosa esquizofrenia"

Paupérrimo, sin recursos, se alimentó a papa y cebolla. Con dos chicos de origen portugués hizo una enorme huerta. Todo el dinero que conseguía lo gastaba en ladrillos. Empezó a construir. Poniendo ladrillo por ladrillo, sin pensar en nada más que en elevar esfuerzos. El ánimo para trabajar le llegaba cada día a partir de los sueños que se hacían vigilia al amanecer.

Cada despertar es para Francisco Javier un momento sagrado. En ese tiempo, los afectos que lo cohabitaban, lo orientan y animan. En los primeros años fue la abuelita Angela Roncoroni. Luego lo fue la abuelita Estela Livingstone. Ambas, abuelas paternas de su primer y segundo amor. Por cierto, también sus abuelas vascas y gallegas, en mil pequeños alientos, con gran discreción acompañan al igual sus azares. Sus abuelos, por el contrario, "no parecen ser viento, sino callada y más oculta savia y cimiento". "Dioses lares" que todas las mañanas le dictan su ánimo y le preparan las espaldas.



Obra eurística

Sin planos, otros que los que descubren estos espíritus cargados de la más apropiadora identidad, ha construido ya cuatro casas y a los 60 años va por los techos de la quinta. Cuando le preguntan cómo lo hizo, responde: *"jugando, sacando frutos de la seriedad, como un niño que construye castillos en la arena"*.

"Los valores agregados, por más que se observen obras de ingenio y eros; esculturas; forestaciones; y un gran espejo de agua, han surgido, ya no del campo visual del diseño y la cordura, la razón y demás ortodoxias; sino de la misma locura", afirma Francisco.



Moviendo la tierra y recreando en miniatura y sin saberlo las ondulaciones que su inconciente recordaba de Vizcaya, logró que esta pequeña parcela rural luzca hoy como una torta de bodas.

Pero lo que más llama la atención, más allá de esta "estética" que le permite asistir a suscitarse sus increíbles, es cómo un hombre que mide 1,72 metros y pesa 52 kilogramos pudo levantar solo, semejantes obras. Se regodea al decir que nunca entró al Campito un albañil, ni un cementista, ni un techista, ni un herrero, ni un pintor, ni plomero, ni electricista, ni gasista a sus construcciones. Ni siquiera un parquista le saca de mantener su prado a gusto. Sólo hoy dos jóvenes ayudantes, medio día, tres veces por semana, le acompañan.

Sin más recursos que unos pocos pesos al mes, este hombre tiene ánimo millonario. Nunca tuvo presupuesto para su trabajo que superara lo que en el Presupuesto General de su Nación se establece para el mantenimiento de los presos o los locos. Insiste en que todo le es de mil formas, sutil y espontáneamente señalado. En especial regalado: los alientos y cimientos para cada día. Y la locura le abrió el cuerpo y el alma a esta bendición.



Homenaje a los seres queridos

Todo lo realiza por afecto. *"Desce hace 22 años, -se precia-, no muevo ni un pelo por dinero"*. Tuvo la suerte de que su familia lo ayudó a construir su formación y amasar durante 18 años el erario de fortuna que más allá de embargado, logró aprovechar.

Cuando compró "el campito" decidió llamarlo *"Al Maiten"*. *"Que intenta decir -explica-: a los más queridos"*. Hace 20 años, su familia, preocupada indagaba en sus intenciones. Él sólo sabía que quería construir un lugar para reunir a sus afectos en cercanía. Así, su primera obra fue una pileta de natación para atraer a sus tres hijos; por entonces, adolescentes. Allí se pasó 22 meses en cuatro patas; hasta que se formaron callos en sus rodillas. Esta enorme obra, con forma de gran corazón, ya da testimonio claro de su locura.

Más de uno, embelesado por sus creaciones, ha querido comprarle o contratarlo. Siempre se ha negado. Hasta se ofende si le ofrecen dinero, porque dice que el afecto no tiene precio y que su incentivo, por ende, tampoco. El suyo es un lugar para los que en cercanía le han sido dados a amar. Entiende que *"el campito"* le ha sido dado en cuidado. Sabe, después que el azar lo llevara a investigar, que esas tierras pertenecieron por 336 años a sólo dos familias; ambas de origen

portugués. La de Amador Baez de Alpoin, estima desde 1601. Y luego Manuel de la Cruz, a través de donación, que en 1712 le hiciera el vasco Miguel de Riglos, esposo de la nieta del primero. Luego sus descendientes la habitaron hasta 1936.

"Estos fantasmas aún aportan mucho de su identidad a la nuestra y bien me parece que nos damos poca cuenta", dice convencido Francisco Javier.

Relata que una tarde se encontró por los jardines con una señora muy arrugada y pequeñita que, muy seria, le advirtió: *"No te creas que este lugar es tuyo. Te lo doy en cuidado y me lo mantienes bien limpio"*. Dicho esto, se esfumó.

"El día que yo transforme cualquiera de estos bienes más que afectivos y cargados de espíritu en un pedazo de papel pintado, ya mismo les pido que me rematen por traidor a la vida"-asegura contundente.

Recuerda aquella carta que el jefe Seattle escribiera al presidente Franklin Pierce hace 150 años, cuando éste quiso comprar las tierras de los swamish: *"Vosotros debéis enseñar a vuestros hijos que el suelo bajo sus pies es ceniza de nuestros abuelos. Y el agua chispeante de los arroyos, reflejo de sus miradas"*.

Con voz calma pero firme, Francisco Javier explica su animoso obrar de esta manera: *"La Historia no es el relato del pasado, sino el Presente de todo lo que el hombre con sus esfuerzos eleva"*. *El relato es sólo una contracara de muchos olvidos. Está claro, al menos para mí, que el hombre eleva esfuerzos gracias a sus invisibles afectos ancestrales, para sus visibles afectos familiares y amicales"*. Toda una cosmovisión antrotróica.



Las casas y sus formas

La primer casa que hizo, la levantó restaurando y ampliando los restos de una vieja construcción de ladrillo y barro que había en el lugar. Fue la de huéspedes: un gran salón con veinte mesas, dos cocinas, tres baños y dos dormitorios.



La segunda obra fue su casa. Hermosa, pequeña y austera. Ajustada a sus necesidades. Allí sueña, tiene taller y escribe. Allí edita, imprime y encuaderna sus propios libros; y cocina también a gusto para sus afectos.

La tercera casa que levantó fue para su hijo mayor. Sin saberlo, con forma de pallaza celta. Cuando la terminó, su hijo se fue a vivir a España y el hogar estuvo sin encenderse por tres años.

Al día siguiente mismo de éste partir, sin amedrentarse, comenzó la obra más grande y pesada: un caserío vasco de 500 toneladas para sus dos hijos menores, inspirado en la forma de una gran gallina echada, cobijando polluelos bajo sus alas abiertas. Trabajó aquí 7 años y medio.

Cuando hubo finalizado, en homenaje a los esfuerzos de sus abuelos vascos, pintó una Ikurriña de 17 por 9 metros en la enorme fachada, que responde con su curva al alma celta de sus abuelos gallegos.

Sin más hijos de los que ocuparse, pasó a homenajear a la mujer que lo llenó de ánimo y amor durante los últimos 18 años. Y vió en un instante su casa con forma de mujer echada con las piernas abiertas. ¡Eureka! ¿Adivine por dónde es la entrada?

Huellas del afecto

Francisco recuerda que en los momentos de mayor tristeza se refugiaba fugaz en la memoria de su abuelo Sebastián, impresor y editor en Bilbao ya en 1892; alcanzando de inmediato, refuerzo y consuelo.



Que los esfuerzos diarios que éste había hecho antes en Vizcaya y después en su destierro en Argentina, junto a su mujer y a sus ocho hijos, daban fuerzas a este nieto para sostener aliento e identidad, en la soledad inicial de su propio exilio familiar.



"¿Alguien se acordará con afecto de nosotros dentro de cien años por la forma en que vivimos nuestro presente más inmediato? - pregunta Francisco- Ellos lo lograron". Finalmente añade: "Amorrortu quiere decir Amore Hortu, Amor al Huerto".

Para aclarar: *"Ningún quiebre profundo reconoce mayor hospedaje e identidad que el regalado por nuestros ancestros en la Naturaleza".*

Aquel regalo de Reyes que hoy es por tantas de sus mercedes, terruño.

Mercedes Aréchaga
10/9/2002

(Seudónimo de su abuela materna, que eligió mi hija Maitena para firmar éste, su trabajo. FJA)

